

María Magdalena, apóstola de los apóstoles

Joaquim Gomis



Joaquim Gomis

María Magdalena, apóstola de los apóstoles



Santos y Santas – 25

Centre de Pastoral Litúrgica

SUMARIO

La primera, María de Magdala	3
Hasta la cruz y el sepulcro	6
Le dice: "María"	8
En el Oriente cristiano	12
La confusión en Occidente	15
Para rezar	19

Diseño: Cecili Túnica _____

Dibujos: Mercè Gallifa

Esta colección se puede adquirir también por suscripción.

1ª edición: Setiembre de 1998 _____

2ª edición: Octubre de 2002

Edición especial: Octubre de 2006

Edita: Centre de Pastoral Litúrgica
Rivadeneyra 6,7. 08002 Barcelona

ISBN: 84-7467-516-2

D.L. B- 48.262-2006

Imp.: Multitext, S.L. _____

La primera, María de Magdala

“Compañera” de Jesús, “apóstola de los apóstoles”, “igual a los apóstoles”. Son algunos de los títulos que la Iglesia de los primeros siglos otorgó a María de Magdala. La primera entre las mujeres que seguían y atendían a Jesús de Nazaret, valerosa junto a la cruz, primer testigo de la resurrección del Señor, también primera en ser enviada –¡ella a los apóstoles!– para anunciar que Jesús vive para siempre junto al Padre.

Esta es la grandeza y singularidad de María Magdalena, basada en una honda y mutua relación de amor con su Señor y Maestro Jesús. Sin embargo, durante siglos y en buena parte de la Iglesia, esta realidad fue cubierta y confundida por otra imagen de la Magdalena. Otra imagen que tiene también su atractivo humano y cristiano, pero que fue fruto de un error. Es la imagen de una mujer pecadora (prostituta), arrepentida, convertida en seguidora penitente de Jesús. Un error de lectura de los evangelios, que a partir del siglo VI, en la Iglesia del occidente europeo, identificó a tres mujeres distintas en una sola: la anónima mujer pecadora que según el evangelio de Lucas ungió los pies de Jesús, María hermana de Marta y Lázaro –grandes amigos de Jesús– y la auténtica María Magdalena.

De esta confusión y de sus confusiones hablaremos después (porque durante siglos marcó positiva y negativamente buena parte de la predicación y de la espiritualidad cristiana). Pero, ante todo, lo que importa es redescubrir la María de Magdala real.

La primera mención de María de Magdala la hallamos en el evangelio de Lucas, en un resumen de la tarea de Jesús: “Iba de pueblo en pueblo y de aldea en aldea anunciando la buena noticia del reino de Dios. Le acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades: María Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras mujeres que le ayudaban con sus bienes” (Lucas 8, 1-3). Una información que confirman los otros evangelios sinópticos (Mateo y Marcos) cuando nos hablan del protagonismo de este grupo femenino en los momentos culminantes de la crucifixión y resurrección. Son “las mujeres que le habían seguido desde Galilea para asistirlo” (Mateo 27,55-56) o “las mujeres que cuando él estaba en Galilea lo seguían y servían” (Marcos 15, 40-41).

Quizá sea interesante notar como, muchas veces y durante siglos, ha sido escamoteada la presencia de estas mujeres –y siempre la primera, María Magdalena– acompañando a Jesús y junto a él. Como si sólo le acompañaran hombres. Le “seguían y servían” dice Marcos: seguir a Jesús, en el lenguaje evangélico, significa creer en él; “servir” (*diakonein* en el griego de los evangelios, del que se derivó “diácono”) expresa en el Nuevo Testamento lo más hondo del comportamiento cristiano: estar atento amorosamente a las necesidades del prójimo y –en la Iglesia primitiva– desvivirse al servicio de la comunidad.

“La presencia de un grupo de mujeres entre los acompañantes habituales de Jesús es un hecho totalmente insólito en el judaísmo de aquella época ” (anota la Biblia Catalana Interconfesional). Es evidente que Jesús rompió con el tabú de la mujer reducida a un papel

subordinado y doméstico. Y si, por lo que gran parte de la tradición eclesiástica ha interpretado, se diría que este grupo de mujeres –encabezadas siempre por María Magdalena– juegan en los años de la vida pública de Jesús un papel secundario, ¿cómo explicar que luego, en los momentos culminantes de la resurrección, adquieran tanto protagonismo?

Encabezadas siempre por María Magdalena, decíamos. Vale la pena subrayarlo. En las enumeraciones que los evangelios presentan de los apóstoles, siempre el primero es Pedro. Como constatación de su primacía. En las listas de las mujeres que seguían a Jesús, o que estaban cerca de la cruz, o que fueron al sepulcro –ya vacío–, siempre la primera es María de Magdala. Más aún: los diversos evangelios varían la lista de las demás mujeres, pero nunca olvidan como primera a ella. Lo cual, sin duda, revela que en las primeras comunidades cristianas, en las distintas tradiciones de las que nacieron los evangelios, el recuerdo y la valoración de María Magdalena era prioritario.

Hasta la cruz y el sepulcro

Pero, ¿quién era esta mujer decidida, valiente y entregada que rompió con todo para seguir a Jesús? Hemos de reconocer que sabemos poco, que debemos intuir. Sabemos que era de Magdala (de ahí, que fuera llamada Magdalena), pequeña ciudad ribereña al noroeste del lago de Galilea. Y si toda Galilea era entonces la región más liberal de Palestina, Magdala parece que –como ciudad de paso– tenía cierta fama de licenciosa. El evangelio de Lucas (y el apéndice de Marcos) sitúan a María con una frase para nosotros extraña: “de la que Jesús había echado siete demonios”. Cuando siglos después se la confundió con la prostituta de la que se habla en Lucas 7,36-50, se pensó que esta frase expresaba la liberación de muchos pecados. Sin embargo, en las repetidas ocasiones que los evangelios hablan de que Jesús expulsa o libera de demonios (las curaciones de “endemoniados”), nunca se refieren a mal moral sino a mal físico o psíquico, es decir, a enfermedades. “Siete demonios” significaría no tanto siete enfermedades, sino una muy grave o con múltiples efectos.

Probablemente, en algún encuentro con Jesús por los caminos de Galilea aconteció esta sanación. Que causó en ella algo que no es frecuente en los evangelios: que alguien curado o liberado lo deje todo para seguir a aquel joven predicador (rabbí). El hecho de este seguimiento por pueblos y caminos, en una sociedad en que la mujer era un ser dependiente de padres o marido, es un signo de su carácter libre y decidido. Y es significativo observar

que en las diversas listas que los evangelios nos conservan de mujeres seguidoras de Jesús, prácticamente siempre se las sitúa como “madre de...”, “esposa de...”. Con una excepción: María Magdalena –la primera y constante– es siempre y sólo María Magdalena, sin ninguna referencia a padres, esposo o hijos. Una conducta independiente que –intuimos– en las circunstancias de entonces sólo cabía en una mujer ya no joven ni tampoco aún anciana, sino en la madurez de su vida.

Seguir a Jesús fue su opción. Un seguimiento servicial que se inició en su curación y se fue tejiendo en un creciente y mutuo amor entre el hombre Jesús y la mujer Magdalena. Un seguimiento valeroso y decidido, más allá de las convenciones y normas de la época. Y que, por ello, nada podía impedir.

Por ello, cuando llega el momento terrible y trágico de la prisión, juicio y crucifixión de su maestro amado, cuando todos los hombres seguidores de Jesús, incluso los apóstoles escogidos, abandonan y se esconden acobardados, María Magdalena ni huye ni se esconde: allí está, todo lo cerca que los soldados permiten. ¿Qué pensaría aquella mujer que todo lo había dejado para seguir con fe y esperanza a aquel hombre que ahora moría solo en el patíbulo de la cruz?

Sea lo que fuera, su amor hacia él seguía vivo. Por ello, ni muerto quiere abandonarle. De ahí que cuando, en aquel atardecer, José de Arimatea y Nicodemo asumen la tarea de sepultar a Jesús –apresuradamente, antes del severo descanso del sábado–, la primera entre las escasas mujeres que les acompañan es María de Magdala: “miraban dónde lo ponían”. Una mirada en que la tristeza cubría la esperanza.

Le dice: “María”

Para todos los creyentes en Jesús, el hecho fundamental –es decir, que fundamenta nuestra fe– es su resurrección. Sin ella no hay fe, no habría cristianismo (como reconocía san Pablo: “si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”). Por ello, que los primeros testigos y garantes de la resurrección, aquellos a quienes primero Jesús se hizo presente en su nueva vida, fueran unas mujeres, y entre ellas prioritariamente María de Magdala, tiene tanta relevancia. Y quizá explique que a no pocos hombres cristianos, en todos los tiempos, la cosa les haya costado de admitir.

Las narraciones que hallamos en los evangelios sobre esta nueva presencia de Jesús resucitado entre sus seguidores, tienen un carácter peculiar, síntesis de realismo –es un hecho de experiencia– y de simbolismo –un hecho sólo conocido y expresable desde la fe. Por ello, deben ser leídas e interpretadas buscando su mayor hondura de sentido. Y, en primer lugar, esta coincidencia entre los cuatro evangelios: las primeras en ir, el domingo, muy de mañana, al sepulcro fueron aquel pequeño grupo de mujeres seguidoras de Jesús. Entre las diversas narraciones hay diferencias (fruto de las distintas tradiciones de las primeras comunidades cristianas). Pero una coincidencia: María Magdalena como protagonista.

Un resumen de las diversas narraciones podría ser: después de la tragedia de la crucifixión y muerte, después de la obligada inactividad del sábado, muy de mañana del día siguiente, ellas van al sepulcro. Simplemente “para

verlo", dicen unos, "con especies aromáticas" para unir el cadáver según la costumbre judía, según otros. La sorpresa es que hallan retirada la gran piedra que cerraba el sepulcro y éste vacío. ¿Qué ha sucedido? ¿Alguien ha robado el cuerpo? La respuesta, el mensaje, viene dado por unos ángeles (o un "joven" o "dos hombres", siempre con "vestidos refulgentes"), que anuncian: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí sino que resucitó". Y, luego, viene inmediatamente la tarea que se les encomienda (la misión): Id a anunciarlo a sus discípulos. Aunque la conclusión no suele ser gloriosa: los discípulos (los hombres) "lo tomaron como un delirio (de las mujeres) y se negaban a creerlas".

El evangelio de Mateo incluye, después del mensaje de los ángeles, una primera aparición de Jesús a las mujeres. Que, según el apéndice de Marcos y el evangelio de Juan, es singularmente a María Magdalena. Ella, la primera. La narración de Juan (ver página 14) merece una atención especial, por su riqueza, porque nos transmite la peculiar relación entre Jesús y la Magdalena.

Antes del texto reproducido, dice Juan que María Magdalena, al amanecer, fue al sepulcro y lo halló vacío. Explica que luego corre hacia donde estaban Pedro y Juan ("el discípulo amado") y les dice: "Se han llevado del sepulcro al Señor y nos sabemos dónde lo han puesto". No hay, aún, fe en la resurrección sino personal y cordial preocupación por la desaparición. Pedro y Juan corren al sepulcro, lo hallan vacío, Jesús no se les aparece, vuelven a casa. Y es entonces cuando se inicia el encuentro entre el Señor y María.

La narración está llena de encanto. Muchos comentaristas, a través de los siglos, han notado que está llena de referencias implícitas al libro bíblico del Cantar de

los Cantares, búsqueda y encuentro entre el amado y la amada (allí y aquí en un huerto/jardín). María llora porque se le han llevado "a mi Señor". Después de la muerte, sólo le quedaba el cadáver y ahora ni eso. Jesús se le hace presente pero ella no le reconoce (como tampoco le reconocerán aquellos dos discípulos camino de Emaús, según la narración de Lucas: símbolo, sin duda, de que para ver a Jesús resucitado hace falta hondura de visión, fruto de la fe y del amor).

Ella piensa que es el hortelano y lo que le pide es simplemente datos para recuperar el cuerpo amado. Pero el amado dice sencillamente su nombre, "María", y ello basta para que María le reconozca. El nombre era entonces muy común, pero el modo de decirlo de Jesús a ella debía ser muy peculiar y personal (como entre amado y amada).

María, alborozada, le abraza (ver Mt 28,10). Pero la nueva etapa de la vida de Jesús no es ya la corporal, de presencia física como ha sido estos años. Es nueva, espiritual: junto al Padre, en el cielo. "Suéltame" dice Jesús ("*Noli me tangere*", fue la deficiente traducción latina que se hizo famosa). "Le abracé y no lo soltaré", decía en el Cantar de los Cantares la amada del amado.

María debe soltar a Jesús, desprenderse de él. La tarea que le encomienda su Señor amado, su maestro querido, es otra. "Anda, ve a mis hermanos y diles...". Y así María se convierte en la primera enviada de Jesús. Si eso significa "apóstol", ella será la apóstola de los apóstoles. El evangelio de Juan nada dice sobre el éxito de su misión. El apéndice del de Marcos no es optimista: "Al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, se negaron a creer".

h/111



En el Oriente cristiano

Ahí termina lo que sabemos sobre María Magdalena. Luego hablaremos de lo que puede considerarse ya legendario, imaginaciones de siglos posteriores. Pero lo importante, es lo que de ella nos dicen los evangelios.

Podemos suponer que, después de la Resurrección, permaneció en Jerusalén con los apóstoles y los otros discípulos. El libro de los Hechos de los apóstoles (1,14) nos dice que en espera del Espíritu, los apóstoles se reunían en oración “junto con algunas mujeres, además de María, la madre de Jesús, y sus parientes”. Y, después de Pentecostés, allí, y en Galilea, permanecieron la mayoría de hombres y mujeres que habían seguido y creído en Jesús. Es poco probable que Magdalena, una mujer ya madura, tomara parte en las expediciones misioneras hacia otros países. Aunque tradición más antigua –pero tampoco comprobable– la sitúa unos años después en la ciudad de Éfeso (Turquía), junto con la madre María y el apóstol Juan. Allí habría muerto y siglos después su cuerpo habría sido trasladado a Constantinopla.

Sea como se, su memoria permaneció muy viva entre las primeras comunidades e iglesias cristianas de aquellas regiones de la Europa oriental. Un signo lo hallamos en su presencia en las más primitivas pinturas cristianas (por ejemplo, en la hallada en una casa de Dura Europos, en Siria, datada del año 240, que la representa junto al sepulcro). Muestra de la devoción existente y que sigue viva entre los cristianos ortodoxos de aquellas regiones

hacia las mujeres “mirróforas” (es decir, portadoras de aromas para Jesús muerto).

Sin embargo, pronto surgieron algunos problemas para la memoria de María de Magdala. El primero, es que la tradición cristiana fue llevada a subrayar mucho más las apariciones del resucitado a los hombres (a los apóstoles) que no a las mujeres. Porque el testimonio femenino no era admitido en la cultura de entonces como válido. El escritor pagano Celso, por ejemplo, se burlaba de los cristianos porque—decía—su fe se basaba en el testimonio de “unas mujeres histéricas”.

El segundo, más serio, fue causado precisamente por el relieve que en aquellos primeros siglos se daba a la Magdalena. De ahí que, entre algunas de las corrientes heréticas que surgieron pronto, especialmente de carácter gnóstico (de un espiritualismo elitista), se hiciera frecuente fantasear sobre el supuesto papel de María de Magdala como escogida por Jesús para hacerla receptora de una revelación para selectos, opuesta y distinta a la revelación “material” que habían recibido y predicado Pedro y los apóstoles. Lo hallamos en algunos de los evangelios apócrifos (fantasiosos, no admitidos por la Iglesia): uno de ellos incluso con el título de “Evangelio de María”. Más aún, en algún caso, esos textos imaginan una relación tan íntima entre Jesús y la Magdalena que llega a tener un carácter erótico.

Todo ello—junto con el aumento del carácter masculino en la organización eclesiástica—llevó a poner una cierta sordina en la veneración de María de Magdala. Seguimos hallando en los grandes escritores y predicadores (en san Juan Crisóstomo o en san Agustín, por ejemplo)

una gran valoración de ella, como seguidora de Jesús y sobre todo como primer testigo y anunciadora de la Resurrección. Pero se diría que el fervor popular por la auténtica Magdalena, disminuye.

Por la auténtica. Porque, como veremos, a partir del siglo VI, surge una confusión sobre quién era. Una confusión que nunca se dió ni se da entre las Iglesias cristianas del oriente europeo pero sí en las de occidente. De tal modo que, por más que los estudios contemporáneos sobre los evangelios demuestren que es una errónea confusión, sigue vigente en la cultura común (incluso en novelas y películas recientes).

Estaba María junto al sepulcro, fuera, llorando.

Mientras lloraba se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella les contesta: "Porque se han llevado a mi Señor y no sé donde lo han puesto".

Dicho esto da media vuelta y ve a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: "Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?" Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: "Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré". Jesús le dice: "¡María!" Ella se vuelve y le dice: "¡Rabbuní!" (que significa Maestro). Jesús le dice: "Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles: Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro".

María Magdalena fue y anunció a los discípulos: "He visto al Señor y ha dicho esto". (*Evangelio de Juan 20, 11-18*)

La confusión en Occidente

En el siglo VI, el gran papa san Gregorio Magno habló repetidamente de María Magdalena identificándola con la mujer pecadora y arrepentida de la que habla el evangelio de san Lucas en el capítulo 7,36-50 y aún con la María hermana de Marta y de Lázaro, buenos amigos de Jesús. La influencia de esta identificación fue total en los países católicos de la Europa occidental, sobre todo porque las homilias del papa Gregorio fueron muy populares durante los siglos VIII y IX, muy utilizadas como lectura eclesiástica. Ello llevó a que en occidente se unificara la celebración en un solo día, como si fuera una sola santa (y así ha sido hasta la reforma del calendario tras el Concilio Vaticano II). En oriente, en cambio, se mantuvieron tres fiestas: 18 de marzo para María de Betania, 31 del mismo mes para la mujer pecadora y 22 de julio para la Magdalena.

Vale la pena leer la narración de Lucas 7,36-50, reveladora del talante de Jesús. Un fariseo invita a comer a Jesús. Durante la comida, irrumpe una mujer que todos consideran "pecadora" (una prostituta del lugar) y llorando le unge los pies con perfume, se los besa... El fariseo menosprecia a Jesús porque se deje tocar por tal mujer y Jesús le contesta con una parábola sobre un gran y un pequeño deudor, los dos perdonados: ¿cuál estará más agradecido? Y lo aplica al fariseo y a la mujer. La conclusión es: "Sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor".

En los evangelios no se nombra más a esta mujer y nunca se la identifica con María Magdalena. La confusión posterior pudo nacer de interpretar lo de los “siete demonios” de los que Jesús liberó a María como grandes pecados. Y de que esa mujer ungiera con aromas a Jesús, como la Magdalena quiso hacer con el cadáver del Señor. Precisamente, esta coincidencia aromática, es también la única vinculación con la tercera mujer, María de Betania, la hermana “contemplativa” de la atareada Marta y del resucitado Lázaro: poco antes de la muerte de Jesús, también María de Betania unge los pies de su amigo (Juan 12,1-8). Y ante el escándalo de Judas por el derroche, Jesús lo agradece y –según Mateo y Marcos– profetiza: “Dondequiera se anuncie la Buena Nueva en todo el mundo, se contará también lo que ella hizo, como memoria suya” (palabras sorprendentemente semejantes a las de la última cena: “Haced esto en memoria mía”).

Sea como sea, lo que es un hecho es que esta *nueva* imagen de María Magdalena, prostituta arrepentida que se convierte en seguidora y amiga de Jesús, se convirtió en una figura de importancia capital en el cristianismo occidental de la Edad Media. Después de la Virgen María, compartió protagonismo con los grandes apóstoles. Dos muestras: una es la cantidad de iglesias, ermitas y hospitales bajo su patrocinio (María J. Arana cuenta más de 150 sólo en el País Vasco); otro es su gran presencia en pinturas y esculturas, una presencia que continuará incluso cuando la devoción decaiga (a la antigua presentación de Magdalena junto al sepulcro o con Jesús resucitado, se añade e incluso la supera la de la Magdalena orando penitente, y aún se hallan pinturas de una supuesta “asunción” a los cielos, en una sorprendente asimilación a la Virgen María).

Esta gran presencia de María Magalena en la cristiandad medieval podríamos decir que tiene –desde nuestra perspectiva actual– aspectos positivos y negativos. Negativos porque en aquellos siglos de general misoginia, de masculino menosprecio de la mujer como un ser inferior, demasiados predicadores utilizaron esta figura de la Magdalena pecadora y penitente como paradigma para la mujer (desde la Eva tentadora, causa de la introducción del pecado en la humanidad, la mujer juega este papel: por ello, debe reconocerlo, hacer penitencia y ocultarse). El problema, para estos predicadores, es que Jesús escogiera a María Magdalena como primer testigo de su resurrección. ¿Cómo explicarlo? Un ejemplo de respuesta lo hallamos en el valenciano Jaume Roig: porque Dios conocía la irresistible tendencia femenina a charlatanear y por ello sabía que lo dirían a unos y otros. La respuesta le vino inmediatamente de la abadesa Isabel de Villena, también valenciana: si escogió a la Magdalena es porque ella tuvo más valor y más amor que los hombres.

Pero también esta nueva imagen de Magdalena tuvo aspectos positivos. El primero fue subrayar el amor sin límites ni exclusiones de Dios: la mujer pecadora, prostituta, deviene la predilectamente amada de Jesús. Se revive aquellas palabras del Señor: “Las prostitutas os precederán en el Reino de Dios” (Mateo 21,31). No sólo nadie queda excluido del amor de Dios sino que el peor considerado puede ser el más amado.

Y, sobre todo, de ahí se derivó un florecimiento de obras de caridad, de acogida para las mujeres que la Magdalena representaba: en primer lugar, las prostitutas, pero también otras mujeres abandonadas, sin medios.

Surgieron, en aquellos siglos, una multitud de lo que hoy llamaríamos "casas de acogida" bajo el patrocinio de María Magdalena. Y también de monasterios y casas religiosas que se abrían a estas y otras mujeres que no tenían otra salida en aquella sociedad. Y, significativamente, cuando a partir del siglo XVI disminuye esta gran devoción por la Magdalena, pervive en toda Europa, también en América, hasta el XIX, la creación de casas u obras de ayuda para prostitutas y mujeres en dificultad dedicadas a la Magdalena.

Digamos finalmente que esta gran devoción por la santa, suscitó leyendas y diversas localizaciones de sus supuestas reliquias. Era típico de las diversas cristianidades medievales imaginar sus orígenes ligados a algún personaje evangélico. Hacia el siglo XI surge la historia de que después de la Ascensión del Señor, María Magdalena, Marta y Lázaro, junto con el obispo Maximino (supuestamente uno de los 72 discípulos de Jesús) habrían llegado al sur de Francia, a Marsella. Allí, según unos María había predicado y según otros había hecho penitencia en la cueva de Sainte-Baume. Siglos después, se había trasladado su cuerpo al gran monasterio benedictino de Vézelay, en la Borgoña. Las peleas posteriores entre ambas regiones francesas por quién tenía las reliquias y cuál era el mejor lugar de peregrinación, llegaron a extremos entre pintorescos y lamentables. Pero, sea como sea, es un signo del protagonismo que María Magdalena tuvo en el cristianismo de aquellos siglos. Aunque fuera una Magdalena bastante distinta de la que hallamos en el evangelio.

Para rezar

Señor, Dios nuestro:
Cristo, tu Unigénito,
confió, antes que a nadie, a María Magdalena,
la misión de anunciar a los suyos
la alegría pascual.
Concédenos a nosotros,
por su intercesión y su ejemplo,
anunciar siempre a Cristo resucitado
y verle un día glorioso en el reino de los cielos.

(Miscel)

Siglos antes que tú nacieras, María Magdalena,
en la biblia que tú también aprendías,
alguien escribió unas palabras de amor.
Son como palabras tuyas, tus palabras de amor
de aquel sábado del sepulcro
y de aquel domingo luminoso.
Enséñanos a vivirlas contigo:
"En mi cama, por la noche,
buscaba el amor de mi alma:
lo busqué y no lo encontré.
Me levanté y recorrí la ciudad,
por las calles y las plazas,
buscando al amor de mi alma;
lo busqué y no lo encontré.
Me han encontrado los guardias
que rondan por la ciudad:
– ¿Visteis al amor de mi alma?
Pero, apenas los pasé,
encontré al amor de mi alma.
Le abracé y no lo soltaré".

ORDEN ALFABÉTICO DE LOS SANTOS Y SANTAS

Abdón.....	Núm. 96	Francisco Javier ..	16	- Dolores.....	71
Abrahán	70	Fructuoso	55	- Guadalupe	23
Águeda.....	121	Gabriel	26	- Lourdes	49
Agustín	45	Gema	79	- Merced	28
Alberto.....	46	Gregorio.....	118	María de Cervelló .	86
Alfonso	122	Guadalupe.....	23	María Magdalena	25
Alfredo	110	Hildegarda	106	Marta	4
Andrés	20	Ignacio de A.	94	Martín.....	19
Ana	11	Ignacio de L.....	10	Maximiliano K.....	59
Ángeles.....	52	Ildefonso	122	Melania	124
Antonio Abad	101	Inés.....	74	Merced	28
Antonio Chevrier .	60	Irene	93	Metodio	109
Antonio de Padua	22	Isabel de H.	113	Miguel.....	26
Antonio M. Claret .	92	Isabel de P.....	113	Mónica	65
Benito.....	29	Isabel madre de		Nicolás.....	33
Bernabé	90	Juan	97	Noemí.....	48
Bernardo de C. ...	38	Isidoro	115	Óscar	117
Bernardo de M. ..	116	Isidro	61	Oriol	40
Blas	35	Javier.....	16	Pablo	15
Camilo	123	Jerónimo	56	Pancracio.....	67
Carlos Borromeo..	73	Jerónimo Emiliani	27	Pascual	88
Carlos Luanga.....	119	Joaquín	11	Paula	103
Carmen.....	17	Joaquina Vedruna	24	Pedro	21
Catalina de S.	81	Jorge	5	Pedro Armengol .	99
Catalina Tomás ..	120	José.....	8	Pedro Tarrés	105
Cayetano	104	José Calasanz.....	68	Rafael	26
Cecilia.....	62	José Oriol	40	Raimundo de	
Cirilo	109	Juan de Ávila	42	Peñafort	58
Clara	6	Juan Bautista.....	13	Ramón Nonato....	80
Cristóbal	84	Juan Bosco	39	Raquel	108
Daniel	31	Juan de Dios	89	Rita	72
David	9	Juan de la Cruz... 57		Roque	44
Dolores.....	71	Juan M. Vianney .	78	Rosa	18
Domingo.....	77	Juan XXIII	50	Rut.....	48
Edith Stein	32	Juana de L.	102	Salvador	114
Eduardo	98	Judit.....	41	Santiago.....	43
Elena	30	Junípero Serra ...	112	Sebastián	75
Enrique	64	Laura	36	Senén	96
Esteban	53	Lorenzo	51	Sergio	12
Ester.....	91	Lourdes	49	Teresa de Calc. ...	100
Eulalia.....	14	Lucas	69	Teresa de Jesús	3
Eva	76	Lucía	121	Teresa de Lisieux .	37
Felipe Neri	34	Luis Gonzaga.....	54	Tomás Becket	95
Fernando	87	Macario	111	Tomás Moro	83
Francisca R.	47	Marcelino Ch.	82	Tomàs de Aquino ..	85
Francisco de Asís .	2	Marcos	7	Vicente de Paúl ..	63
Francisco de P. ..	107	María	1	Zacarías.....	97
Francisco de S. ...	66	- Carmen	17		

Y, también, en...

Portugués: Madalena

Francés: Madeleine

Italiano: Maddalena

Inglés: Magdalen

Alemán: Magdalena

Gallego: Madalena

Vasco: Magdalena,
Madalen

Catalán: Magdalena

Las variantes:

Magda

Malena

Se celebra su fiesta el día: 22 de julio

Santos y Santas

25



Centre de
Pastoral Litúrgica
de Barcelona



Real Cofradía de
Nuestro Padre
Jesús Nazareno
(Cristo de Medinaceli)
de Bilbao